

Masculinidad hegemónica y suicidio masculino: una mirada desde el feminismo radical

Isaloren Quintero Bernal

isasolq@yahoo.es

Trabajadora Social. Feminista radical.
Poeta, locutora. Defensora de los Derechos Humanos de las mujeres.

Resumen

Este ensayo aborda críticamente la relación entre masculinidad hegemónica y suicidio masculino desde el enfoque del feminismo radical. A partir de un análisis teórico y sociocultural, se identifican los mandatos de género que constriñen la emocionalidad masculina, dificultan el acceso a recursos psicosociales y elevan los factores de riesgo suicida en los varones. El texto plantea que los altos índices de suicidio masculino son una expresión extrema de la violencia estructural patriarcal y propone una transformación de los modelos de masculinidad hacia referentes más empáticos, diversos y afectivos.

PALABRAS CLAVE: Masculinidad hegemónica, suicidio masculino, mandatos de género, salud mental.

Abstract

This essay critically explores the link between hegemonic masculinity and male suicide through the lens of radical feminism. Based on a socio-cultural and theoretical analysis, it identifies gender mandates that restrict male emotionality, limit access to psychosocial resources, and increase suicidal risk factors in men. The paper argues that high male suicide rates represent an extreme form of patriarchal structural violence and calls for the transformation of masculinity models towards more empathetic, diverse, and emotionally inclusive references.

KEYWORDS: Hegemonic masculinity, male suicide, gender mandates, mental health.

Introducción

El suicidio es un fenómeno social y cultural complejo que ha estado presente históricamente en distintas épocas y en diversas sociedades. Actualmente, los índices de suicidio han mostrado un ligero aumento durante los últimos años, afectando principalmente a los jóvenes y a los hombres. Según la OMS, ocurren aproximadamente 720 mil muertes autoinfligidas en el mundo, y cerca de 65 mil en América Latina. La tasa diferenciada por género a nivel mundial es de 12,6 en hombres y de 5,4 en mujeres. En jóvenes, en el rango entre 15 a 29 años es la cuarta causa de muerte a nivel mundial, y para adultos -hombres y mujeres- resulta en la tercera causa de muerte (WHO, 2021). En América Latina es la tercera causa de muerte en jóvenes y tiene una tasa considerablemente mayor en países con bajos y medianos ingresos, “de hecho, el 73% de los suicidios en 2021 ocurrió en países de ingresos bajos o medianos” (OMS).

Dado que en Venezuela no contamos con datos precisos que permitan dar cuenta del fenómeno, y asumiendo asimismo que la estadística reflejada por la OMS, también adolece de insuficiencias en calidad de los datos para toda la región (no todos los países reportan sus estadísticas y a lo interno no todos los suicidios son contabilizados), nos permitimos reflejarnos como país latinoamericano, en el segmento de “ingresos bajos”, a lo que se le añade un conjunto de factores socioeconómicos que, como veremos, inciden en la tentativa de suicidio y en el hecho consumado.

| 123

Siguiendo los reportes de la OMS, de 2014 a 2019 la tasa de suicidio ha aumentado; hoy cada 80 segundos en el mundo una persona se quita la vida por decisión propia y, de estos, cerca del 80% en promedio son hombres. Aun cuando se hace extremadamente evidente y alarmante la diferencia proporcional de suicidio entre hombres y mujeres, no se observa en los reportes y comunicados de los organismos mundiales de salud alguna alerta directa para la prevención diferenciada por género. No visibilizar esta problemática deviene en la no incidencia en políticas públicas ni en la promoción de estudios específicos que contribuyan con el conocimiento de los factores de riesgo, el abordaje integral, la atención y la prevención de conductas suicidas concretamente en hombres.

Para ello, es fundamental cuestionarnos cuáles son las implicaciones que tiene el género en la conducta suicida; ¿tiene la masculinidad hegemónica relación con las altas tasas de suicidio masculino? ¿cuáles son los factores de riesgo asociados al género que contribuyen con la conducta suicida como única salida para los varones ante las adversidades emocionales? La imposición de roles de género justificados y sostenidos por el patriarcado no sólo afecta a mujeres y a niñas; también somete a los hombres a mandatos, normas y exigencias que los constriñen emocionalmente y los mantienen en una situación de vulnerabilidad, solapada, silenciosa, estigmatizada, no decible.

El género es una reproducción del relato patriarcal en el que el hombre se otorga a sí mismo el poder y el control del orden social, económico y político de la polis y en el que la mujer -y lo femenino- queda necesaria y oportunamente subordinada; es una construcción social que, basada en las características biológicas que diferencian sexualmente a las personas nacidas mujeres y hombres y contenida en la ideología dominante (masculina), establece los roles y comportamientos que hombres y mujeres, en un ilusorio binarismo corpóreo, deben cumplir ante las expectativas sociales, so pena de sufrir discriminación, exclusión, estigmatización, diversas formas de violencia psicológica e, incluso, física.

Se refiere entonces el género al conjunto de funciones, normas comportamientos y derechos definidos social y culturalmente esperados para que una persona (actor social) los cumpla o ejerza de acuerdo con su estatus social adquirido o atribuido. A cada estatus corresponde un rol. Si el individuo no desempeña su rol de la forma esperada, puede tener riesgo de exponerse a sanciones (Herrera, M. 2004, p.64, en Nicolle Espitia y Paula Ulloa, 2023).

Para garantizar la continuidad del sistema, los roles de género son aprendidos desde la primera infancia y se reproducen y aprenden en los mismos espacios de socialización en los que se adquieren los recursos para la vida: la familia, la comunidad, la escuela, y son reforzados y amplificadas en los relatos de la mass media a través de la televisión y la literatura.

Es en esta primera etapa del ciclo de vida cuando se construye la psiquis del niño y niña, emerge su individualidad en relación con “lo otro” y su forma de relacionarse desde la diferencia y hacia la pertenencia. Esta configuración se va constituyendo en el marco de los esquemas que le son dados y en la significación que bajo estos esquemas le va atribuyendo a las experiencias que vive. Así, desde temprana edad los varones internalizan que no deben parecerse a las niñas; que las niñas lloran y son débiles, y los niños no; que las niñas hablan mucho, que los niños son fuertes y más aptos, que los niños lideran y las niñas siguen, que las niñas son princesas que cuando están en peligro los niños deben salvarlas, que las mujeres cuidan y son amorosas, mientras que los hombres defienden y son aguerridos. Lo masculino es diferente a lo femenino, pero, además, ¡es mejor! No basta ser hombre, hay que parecerlo. En consecuencia, expresar alguna conducta semejante a la femenina significa caer en desgracia, ser juzgado y rechazado.

En la compilación *No nacemos machos, 5 ensayos para repensar el ser hombres en el patriarcado*, (2017), se expone una cita de Cristian González Arriola en la que señala que:

Se enseña a los hombres desde niños a no mostrar emociones o signos de debilidad: a ocultar todo lo que lo acerque a lo femenino. Los hombres tenemos que demostrar ser hombres de manera constante y periódica y la masculinidad existe en oposición a lo femenino (...) (p. 13)

Estas creencias y estereotipos de género, además de fundarse en elementos misóginos y constrictores del potencial y desarrollo pleno de la mujer, alienta una forma de ejercer la masculinidad que, a su vez, constriñe el desarrollo pleno del hombre. La masculinidad es también una construcción social y cultural, generada, aprendida y reproducida que determina cómo debe ser el comportamiento del hombre y más aún: cómo se es hombre y cómo se deja de serlo.

El impulso que los movimientos feministas de los años 70 y en adelante, le han otorgado a los estudios de género ha permitido abordar “la cuestión social”, los fenómenos en los que hombres y mujeres estamos inmersos, a la luz del enfoque de género. Los estudios sobre masculinidad, y masculinidades emergen también bajo este enfoque.

La masculinidad [es] también una categoría analítica que sirve para analizar, en este caso, a hombres concretos como sujetos de género. [...] permite problematizar las relaciones de poder entre los hombres, en relación con las mujeres y en contraste con otros hombres que no cumplen cabalmente con los mandatos de lo considerado masculino. (Paulo Gutiérrez, 2020: 47)

125

El concepto de masculinidad más usado -y conocido- es el que refiere a la masculinidad hegemónica: entiéndase una forma de ser hombre en relación con las mujeres, basado en el binarismo sexual, androcentrista, en el que lo masculino domina sobre lo femenino, la racionalidad sobre la emocionalidad, lo público sobre lo privado, lo productivo sobre el cuidado, la ciencia sobre la naturaleza. Este modelo hegemónico masculino no se queda ahí, también tiene colores y rasgos establecidos por el modelo colonial capitalista que nos habita y que determina cómo unos masculinos dominan sobre otros. Amaia Pérez-Orosco introdujo la sigla BBVAH (tomado de una colega) para referirse al ente predilecto de la masculinidad hegemónica: sujeto blanco, burgués, varón, adulto, heterosexual.

Los mercados capitalistas [...] son un conjunto de estructuras que permiten que unas pocas vidas se impongan como las dignas de ser sostenidas entre todxs. Son una serie de mecanismos que jerarquizan las vidas concretas y establecen como referente y máxima prioridad la vida del sujeto privilegiado de la modernidad, aquel al que, siguiendo a María José Capellín, llamaremos el BBVAH: el sujeto blanco, burgués, varón, adulto, con una funcionalidad normativa heterosexual. En torno a él se concentran el poder y los recursos, se define la vida misma. (Amaia Pérez-Orosco, 2014: 25)

La masculinidad hegemónica no es la única forma de ejercer la masculinidad, no engloba el accionar concreto de todos los hombres -ni de la mayoría-, existen muchas otras formas de hacerse hombre en diversos contextos; sin embargo la masculinidad hegemónica se sujeta en el imaginario como a la que se aspira, la que se “debe” estar constantemente reafirmando y actualizando por ser la forma normativa, la del prestigio, y, como hemos señalado anteriormente, la que se castiga en falta, por tanto, la que ejerce, generalmente, mayor presión en los hombres.

Es importante profundizar en una investigación más amplia sobre los debates que se han generado los últimos 20 años en torno a los conceptos de masculinidad. Por ahora, referiremos que también existen otras masculinidades: la subordinada, atribuida a hombres homosexuales, y las alternativas, incluida la masculinidad positiva, en la que hombres diversos fluyen a través de los roles de género promoviendo relaciones más horizontales, solidarias y empáticas, donde se permiten experimentar maneras de ser hombre más afectuosas en contraposición (y políticamente críticos) a la heteronormatividad masculina dominante y al patriarcado.

Sí, hombres, esa mitad de la población a la que se le presupone la fuerza y la racionalidad. Ese colectivo que el modelo androcéntrico ha convertido en el “ideal”, el ejemplo a seguir, el imitable, lo Universal. Entonces, ¿por qué se suicidan tanto los hombres en todas partes? ¿No será que el rol de género masculino encierra trampas que dificultan la vida? (María J. Rosado, Francisco García, Juan Carlos Alfeo y Javier Rodríguez, 2015: 435)

Según Jhoan Aponte y Diana Laverde, (2021), “la masculinidad suele ser vista como un factor de riesgo que contribuye con la aparición, el mantenimiento y el agravamiento de la conducta suicida” (44). En principio, el primer y máximo mandato masculino es el de dominación, que, como señala Rita Segato, es un mandato que lleva implícita la crueldad: no se puede dominar sin generar sufrimiento, por tanto, lleva en sí misma violencia. Frases como “es mejor enojarse que estar triste”, “la paz nunca fue una opción”, o estar presto a la guerra o la venganza como solución a los conflictos, son expresiones normalizadas en el universo masculino. La masculinidad -hegemónica- demanda agresividad; el hombre debe ser fiero. Además, no debe mostrar miedo, al contrario, ser arriesgado es un valor que observamos incansablemente en las representaciones fílmicas en las que los protagonistas son hombres temerarios, siempre al filo del peligro, con la belicosidad heroica a flor de piel.

En situaciones difíciles, el hombre “de verdad” aguanta, resiste callado, sin mostrar alguna emoción que lo haga parecer débil: asume y se comporta como hombre. La represión emocional es una característica diferencial de lo masculino. En los espacios de socialización entre pares hombres, aun estando vinculados afectivamente, los

hombres rehúyen a hablar de sus emociones; incluso en periodos largos de contacto es “más fácil” exponer temas ajenos y/o superficiales que ahondar en temas personales que los pudieran estar conflictuando: “no hay problema, está todo bien”.

El hombre, como el sujeto político predeterminado por excelencia es el hombre de lo público, representa a la sociedad como conjunto y a la familia, lo que le permite, por un lado, dirigir las riendas y asumir un liderazgo activo en lo colectivo y, por el otro, le confiere además la responsabilidad de responder a otro conjunto de mandatos asociados a cómo debe ser y comportarse la familia ante la sociedad, puesto que ésta está a su cargo.

Ser hombre exige ser productor, proveedor y protector. Estas tres características resultan los aspectos más identitarios de ser hombre y no sólo orientan su conducta, están intrínsecamente ligados a la identidad masculina; si una mujer pierde sus ingresos puede angustiarse o deprimirse, pero su identidad no la ve perdida. En tanto el hombre, si deja de proveer o de proteger siente que ha dejado de ser hombre, pierde identidad y pierde sentido de vida.

En esta concreción, la masculinidad como concepto se desenfoca para darle paso a la complejidad cotidiana que significa no sólo ser hombre sino parecerlo. El conjunto de códigos de conducta de los hombres es validado principalmente por y entre hombres. “El destino del hombre no pareciera reconocer puntos medios, oscila entre el triunfo y el fracaso: un hombre es lo que logra, pero, sobre todo, lo que se dice de él” (Humberto Abarca, 2022: 152). En este sentido, el espacio en el que convergen los hombres también se disputan jerarquías, cada sujeto debe desplegar su hombría -incluso con la violencia como recurso, cuando sea necesario- en función de conseguir prestigio entre sus iguales. El solo hecho de disponerse a la lucha ya ejerce en el individuo una ratificación de hombría, aun cuando no consiga el prestigio, y genera y confirma en el grupo los elementos constitutivos del colectivo masculino. Es decir, reafirma el ideario que sostiene la masculinidad como dominio ante todo lo que no lo sea.

La masculinidad es performativa, el hombre tiene que actualizarla y refrendarla constantemente; por honor y por fuerza, con el estímulo imperante de que no se dude de su masculinidad demostrando severamente que no se es mujer. La afirmación social, como un verdugo, no permitiría a un hombre ser emocional, manifestar congoja, vergüenza, miedo, tristeza, desorientación, so pena de ser feminizado.

El modelo masculino emerge como un poder que consuela y daña al mismo tiempo. Las sociedades exigen a sus varones pasar por pruebas para probar su masculinidad, que aparece como una cualidad muy deseada y, a la vez, difícilmente alcanzable. Así, la condición masculina estaría constantemente en duda, por lo que necesita su prueba y afirmación social y personal. (Humberto Abarca, 2022: 148)

Este modelo de masculinidad que promueve características como la fuerza, la agresividad, la independencia y la represión emocional, genera expectativas que no sólo ejercen una presión significativa sobre los hombres para que se ajusten a estos estándares, sino que también contribuyen a una serie de comportamientos autodestructivos y problemas de salud mental.

¿Qué sucede en el hombre cuando no alcanza a cumplir con estos mandatos? Nos preguntamos ¿qué experimenta en el ámbito psicosocial un hombre al que no le gustan las mujeres?, ¿y el que no es autosuficiente? ¿El que no logró independencia de sus padres? ¿Cómo se ve afectada la autoestima del hombre que no responde a los estándares estereotipados de talla del pene? ¿Cuánto sufrimiento puede albergar un hombre con algo tan “nimio” y tan permanente como tener la voz muy fina? ¿Cómo es la respuesta de un hombre que, ante el mandato de poseer, no obtiene lo que desea? ¿Qué pasa con un hombre que no se siente importante? ¿Qué pasa con un hombre cuando es abandonado y despreciado por una mujer?

En un estudio que analizó la relación entre suicidio y masculinidad (Jhoan Aponte y Diana Laverde, 2021) con la participación de un hombre homosexual que padecía no ajustarse a los roles de género impuestos, se identificaron un conjunto de experiencias traumáticas que decantaron en la sensación de no pertenencia, “no encajo en esta vida”, de exclusión -sus relaciones se vieron amenazadas por no cumplir los mandatos exigidos-, discriminación, marginación, un no lugar que te deja en profunda soledad. Según este autor, el no cumplimiento de la masculinidad hegemónica genera un proceso de estigmatización internalizada en que

“el participante lo llevaba a censurar su propia diferencia, así como a considerar que no iba a encontrar un espacio social al cual pertenecer, por lo que a partir de este sufrimiento la vida se narraba como una imposición a la que solo se podía escapar a través del suicidio”. (p. 62)

Es sumamente complicado identificar cuándo un hombre está en un proceso de depresión. Las salidas más comunes son aumentar la carga de trabajo, el consumo de alcohol o estupefacientes, exceso de comida basura, propensión al juego y a actividades evasivas; asimismo, aumento de los signos de agresividad y falta de higiene personal. Pudiera evidenciarse la depresión en hombres a través de alguna de estas señales, varias o ninguna.

A diferencia de las mujeres, los hombres no cuentan con espacios de contención similares a los círculos de escucha que han generado las mujeres como soporte colectivo. Ellas, en general, se sienten menos solas porque se juntan, hablan y profundizan.

A los hombres se les dificulta hablar de sus emociones, lo que es entendido -erróneamente- como control emocional es de hecho amputación emocional, en tanto no saben cómo gestionar sus emociones ni cómo solicitar ayuda. Los servicios de salud mental son mayoritariamente utilizados por mujeres, los hombres muy raras veces acuden a estos. En escenarios de depresión, aislamiento o amputación emocional, sin soporte, en los hombres “el suicidio puede configurarse como una opción para detener el sufrimiento por una vida que no se siente como propia y un intento por proteger o recuperar una masculinidad fragmentada por el fracaso frente a las historias dominantes de la misma” (Jhoan Aponte y Diana Laverde, 2021: 45).

Durkheim define el suicidio como “Todo caso de muerte que resulte directa o indirectamente de un acto positivo o negativo, ejecutado por la propia víctima, a sabiendas de que habría de producir este resultado” (1897) y Shneidman (1964) como “el acto consciente de auto aniquilación, que se entiende como un malestar pluridimensional en un individuo que percibe este acto como la mejor solución” (En Gisela González, y Fernando Lago, F., 2017). Autores como Lyberg, Haavind & Dieserud (2018) observan en el suicidio masculino un acto de compensación que permite a los hombres eclipsar su debilidad y “despedirse” de forma heroica demostrando que asumen la responsabilidad de su fracaso. Jhoan Aponte y Diana Laverde (2021) en su estudio destaca la visión de Jordan y Chandler, que apunta a que el suicidio masculino obedece a una crisis de masculinidad,

| 129

que puede ser entendida desde una narrativa conservadora (en la que la masculinidad, sus normas y roles tradicionales de género se ven amenazados por los cambios sociales, y que, por tanto, hay que volver a ellos) y una narrativa progresista (en la que se reconoce que las configuraciones tradicionales de género causan daño tanto a hombres como a mujeres y que es necesario su transformación)”. (p.6)

La obra de Durkheim (1897) es considerada como un aporte significativo para la comprensión del suicidio como fenómeno social que, aunque puedan incidir causas no sociales en la conducta suicida -factores individuales, como la psicopatología- es un hecho que debe analizarse de forma multidimensional en el que podrían confluir diversos factores sociales “derivados de la influencia de la religión, la familia, la política, el oficio u ocupación, las costumbres sociales, y la economía” (Gisela P González, 2017).

El malestar abordado desde lo pluridimensional estaría influido por variables socioeconómicas como los niveles de ingreso, el acceso a servicios de salud y específicamente a salud mental, los niveles de alfabetización, el índice de desarrollo humano, la

tasa de desempleo y, en general, aquellos factores que inciden en los niveles de bienestar social de las naciones y felicidad de sus habitantes (Gisela P González, 2017). Uno de estos factores está relacionado con los mecanismos con los que una sociedad/comunidad cuenta para promover la socialización entre sus habitantes. Según la misma autora, Jose M Nogales (2011) afirma que “a mayor número de años de estudio menor es la tasa de suicidio puesto que la escuela es uno de los principales elementos de socialización y de integración social, junto con la familia y el grupo de iguales” (p.2).

Cuando el mandato es “producir, proveer y proteger” resulta admisible intentar relacionar el suicidio en hombres cuando experimentan situaciones económicas adversas, en tanto no sólo pierden sus vías de subsistencia, sino que, además, al estar asociado este mandato a su identidad, pierden su lugar en el mundo, lo que les da sentido de existencia.

María J Rosado, Francisco García y otros., (2015) identifican en su investigación algunos factores de riesgo asociados al suicidio masculino que resumimos en: 1) Enfermedades mentales, como la depresión, que, en los hombres, al no estar diagnosticada ni tratada puede devenir en suicidio. 2) Enfermedades crónicas, que afectan la potencia y la autonomía de la persona, y en los hombres crea un impacto profundo en su masculinidad. 3) Las adicciones, como el alcohol, que es más frecuente en hombres que en mujeres.

Según Gisela González y Fernando Lago (2017) “el riesgo de suicidio en personas que abusan o dependen del alcohol es 60 a 120 veces mayor que en la población general”. 4) La violencia: que incide gracias a que la masculinidad está asociada a la agresividad, es la vía por excelencia para resolver conflictos y los hombres “están formados” para ello. En este aspecto, resulta destacable que las formas de suicidio en hombres son efectivas porque utilizan métodos letales, como las armas o el ahorcamiento. 5) Invisibilidad de la vulnerabilidad masculina: no poder expresar emociones humanas con la pretensión de parecer fuertes -frente a la debilidad, que es femenina- o de pedir ayuda como expresión de que “no puedo solo”. 6) Sentimiento de pérdida, cuando no se puede poseer lo que le corresponde, como la pérdida de la pareja (pérdida afectiva), o cuando se pierde el ingreso o se pierden abruptamente recursos para sostener el estatus ante la mirada externa (pérdida económica y de estatus social). 7) Maltrato infantil, que refiere a cómo inciden en la conducta suicida aquellos traumas que se experimentan a causa de abuso físico, psicológico o sexual durante la niñez.

Sin embargo, este conjunto de factores de riesgos, y otros, no están suficientemente estudiados en hombres. Si se analizan las causas del suicidio como una enfermedad desde la perspectiva individual, desde el diagnóstico médico, los hombres son

significativamente menos tratados en consultas psiquiátricas y psicológicas. Y desde la perspectiva del suicidio como fenómeno social en el que intervienen múltiples factores sociales, culturales y económicos, aún no se le presta la debida atención a cómo incide el género y la carga que los roles y mandatos asociados a la masculinidad ejercen en los hombres para decidir que el suicidio es mejor opción que vivir.

Vemos cómo el patriarcado le imprime una violencia feroz a la vida de los hombres que se profundiza, precisamente, con la naturalización de esa violencia y con la no visibilización de las consecuencias. Es importante sacar a la luz esta realidad y tomar conciencia de ello para proteger a los varones de una forma de violencia que no suele ser considerada como un costo de la masculinidad hegemónica; lo que podría también generar efectos positivos para la construcción de nuevas otras masculinidades y repercutir positivamente en la vida de las mujeres, familias y comunidades.

Es importante entonces, abrir espacios de diálogo y disertación sobre la intersección que existe entre masculinidad y suicidio, con especialistas en género, profesionales de la salud e instituciones que inciden en la formulación de políticas públicas. Visibilizar los costos de la masculinidad hegemónica en los hombres. Proveerlos de una caja de herramientas para la gestión de emociones ante situaciones que produzcan estrés, así como continuar con la desmitificación de la consulta psicológica y psiquiátrica. Desafiar los roles de género impuestos y desmontar los pactos de la masculinidad dominante. Construir otros referentes de masculinidad que permitan otras formas de relación y desarrollo de los hombres.

131

Cuando la existencia oprime es vital, en términos de Martín Baró, “desenmascarar aquel sentido común que hace posible y legitima la opresión” (en Joan Aponte y Diana Laverde, 2021: 49). Desentrañar las lógicas establecidas y dar paso a la resignificación de la existencia desde otros lugares. Como toda construcción social, podemos, tenemos derecho y debemos -por la vida-, redefinir lo que es ser hombre, que no es una sola cosa, y no es absoluto e inamovible.

Si bien no creemos que esta sea una tarea de las feministas, pues creemos que son los hombres quienes deben agenciar su propia agenda y sus propias banderas de lucha, sí creemos importante visibilizarlo como uno de los problemas que afectan a la humanidad y la humanidad, es un asunto que nos mueve y conmueve a las feministas y más cuando hemos vivido en carne propia el dolor de familiares suicidas que no supieron lidiar con el peso del mandato de la masculinidad hegemónica en la sociedad patriarcal.

Referencias

Abarca, H. (2022) Masculinidad y suicidio, una cuestión de sentido en Revista Punto Género N.º 17, pp. 144-168.

- Corpas Nogales, José Manuel. (2011). Aproximación social y cultural al fenómeno del suicidio. Comunidades étnicas amerindias. *Gazeta de Antropología*, 27(2), artículo 33. Universidad de Granada. DOI:10.30827/Digibug.18682
- Espitia N. y Ulloa P., (2023). La masculinidad y su posible relación con el suicidio. Tesis. Universidad Industrial de Santander.
- González, G. y Lago, F. (2017). Determinantes socio-económicos de la tasa de suicidios en América Latina y el Caribe. XII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Gutiérrez, P. (2020). Masculinidad, emociones y delitos de alto impacto en Ramírez, J. (coord.) *Hombres, masculinidades, emociones*, pp.47-69.
- Laverde, D. y Aponte, J. (2021). Masculinidad y suicidio. conexiones y posibilidades de transformación desde la terapia narrativa y el teatro del oprimido en *Revista Antropologías del Sur*, Año 8, N°16, pp. 43-68.
- Lyberg, M., Haavind, H. & Dieserud, G. (2018). Young men, masculinities, and suicide. *Archives of Suicide Research*, 22(2), pp. 327-343.
- Martín-Baró, I. (1990). La desideologización como aporte de la psicología social al desarrollo de la democracia en Latinoamérica. Iztapalapa. *Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 10(20), 101-108.
- Pérez-Orozco, A. (2014). Subversión feminista de la economía: Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida. *Traficantes de sueños*.
- Rivera, Guadalupe (ed.) (2017). *No nacemos machos: Cinco ensayos para repensar el ser hombre en el patriarcado*. Ciudad de México: Ediciones La Social.
- Rosado, M., García, J., Alfeo, J. y Rodríguez, J. (2015). El suicidio masculino: una cuestión de género en *Prisma Social*, núm. 13, diciembre, 2014, pp. 433-491.
- WHO (2021). *Suicide worldwide in 2019: global health estimates*. Geneva: World Health Organization.